

Se nos ocurre que Eça de Queiroz planeó su novela «La Ilustre casa de Ramírez» con igual espíritu e intención.

FERNANDO URIARTE.



«HUAIRAPAMUSHCAS», novela de Jorge Icaza. 1948

En una pulcra y depurada edición de La Casa de la Cultura Ecuatoriana ha llegado a nuestras manos la última novela de Jorge Icaza: «Huairapamushcas» («hijos del viento» en quichua, antiguo, lo que podría asimilarse, tal vez, a la despectiva expresión de «espareció» de nuestros campesinos del sur).

Excluyendo la copiosa obra teatral de Icaza, toda su valiosa producción novelesca («Barro de la Sierra», 1933; «Huasipungo», 1934; «En las calles», 1935; «Cholos», 1937; «Media vida deslumbrados», 1942, y «Huairapamushcas», 1948) se orienta en el sentido de una recia y potente defensa de los estratos sociales inferiores de su nacionalidad. De este modo incide en el caudal de las últimas generaciones de artistas y escritores hispanoamericanos que, preocupados por los conflictos sociales de los grupos autóctonos, denuncian sin concesiones el clima de injusticia, degradación, y desigualdad, denominador común de las razas vernáculas del Continente del «tercer día de la creación». Estos escritores, según el decir de nuestro malogrado Domingo Melfi, «luchan denodadamente por elevar los dones inmarcesibles de la cultura, y hacer así de la obra literaria, no una empresa exclusivamente estética sino una empresa al servicio de las grandes angustias humanas de estos países», y cuya acción literaria que «Europa desconoce, que Europa acaso ignora en absoluto, entraña los comienzos de una revolución espiritual. Es decir, son los primeros síntomas de una nueva epopeya emancipadora en el arte, puesto que levantan del dolor y de la ciénaga del abandono a los héroes humildes, a los olvidados y postergados, para colocarlos en la atmósfera de la justicia».

La intención social crepita en las páginas ardientes de «Huairapamushcas». La pluma del escritor no se enreda en los arabescos anodinos del arte por el arte. Es una aguja al rojo que pirograba en relieve la superposición de clases en cuyo fondo gime el indio, el «runa» desamparado y supersticioso, aplastado sin piedad por la implacable gravitación de mestizos o cholos, y de blancos, encomenderos redivivos.

Tal es la preocupación del escritor por el doloroso espectáculo del hombre, que el paisaje en que se desarrolla la acción, de exuberancia tropical a nuestro entender, se halla ausente del libro; o si existe, está apenas en boceto, como las hebras dispares de un cañamazo en que la solicitud del artista ha tejido la trama vigorosa del claroscuro.

Parte de los personajes de este libro constituyen símbolos. No queremos significar con esto que nos parezcan convencionales. Muy por el contrario, discurren ligados a la vida y al medio, nítidos y plásticos, con sus pasiones, sus dolores, sus contradicciones. Gabriel Quintana, el latifundista blanco, fino y educado, cae por azar en una geografía rural que desconoce, y se hunde en ella fustigado por el instinto y por las artes melosas y taimadas de su mayordomo, el mestizo Isidro Cari. No obstante, poco a poco impone su mentalidad de conquistador, y, látigo en mano, contiene la rapacidad del mestizo y atropella impunemente la pasividad inerme del «runa» o indio del páramo.

Hay un personaje pintoresco: el cura Chiriboga, codicioso bribón «picador de gallos». Uno doloroso: el «yatunyura» Pablo Tixi, obligado por terror a casarse con la «longa» Juana, amante furtiva del «taita diablo blanco». Cinco meses después de la boda la india alumbró gemelos mestizos. El yatunyura vive torturado por la traición de la india. Agarra terribles borracheras, y la castiga sin compasión. Cierta vez quemó en una hoguera las manos de los gemelos, quienes, ya mayores, se vengaron ahogándolo en una crecida del río. Y, como telón de

fondo, la masa piojosa, podrida, maloliente, de la indiada indefensa, degradada por el clima y una opresión secular.

El libro termina con la fuga de los dos mestizos a través de un abismo sobre el que han derribado a guisa de puente el árbol tutelar de los comuneros yatunyuras. «Dos cholitos huairapamushcas se enhebraron así por el camino de Guagraloma (la aldea chola) guiados por una misteriosa ambición que apuntaba en secreto hacia taita diablo blanco».

«Huairapamushcas» es un libro sin argumento. Quedan sueltos los cabos, y los destinos de los personajes no se definen a la manera clásica sino que oscilan colgados sobre el abismo de una organización social a todas luces inhumana.

A la intención social que brota naturalmente de la pluma del escritor, debemos agregar la maestría formal y la originalidad de la técnica novelesca. J. Eugene Garro, exégeta de la novelesca de Icaza, ha dicho: «La realidad con sus hombres que trabajan, viven y sufren, es la fuente de donde Jorge Icaza ha tomado los materiales de su obra y les ha dado la forma más en armonía con su criterio estético y su sensibilidad. Las palabras se han ordenado rítmicamente, primero, en la conciencia del escritor y, luego, una vez trasladadas a las páginas de la obra, aparecen como un sistema de sonidos que despierta una corriente de emociones en la conciencia del lector». «En el mundo novelesco de Icaza las necesidades dominantes son las del estómago y del sexo que juegan un papel perverso y venenoso. Son las fuerzas del materialismo dialéctico». «Lo que nos ofrece Icaza es el hombre puesto en una zona crepuscular donde luce débilmente la aurora espectral de una cultura nativa y donde la civilización intrusa no logra diluir el espectro en claridad. El artista contribuye de este modo a renovar las fuentes de nuestra sensibilidad, y, al mismo tiempo, abre perspectivas nuevas a la literatura de Hispano-América».

Icaza soslaya la anécdota y las descripciones fatigantes. Recurre primordialmente al diálogo, a la sugestión directa de la

expresión. Hace hablar a los indios, recreando literariamente la jerga nativa, mezcla de quichua antiguo y de giros castellanos. Su estilo es elástico y brillante, a ratos mordaz, a ratos tierno y macerado. El tono general de violencia verbal que a trecho lo agita podría caber dentro de la evaluación de «eruptivo y agresivo» que, según Matthew Arnold, no sería sino la manifestación en la literatura de un espíritu provinciano falto de normas elevadas. Trasponiendo estos conceptos, nosotros decimos que, calificar una creación literaria de masas a base de la ausencia del eufemismo hipócrita, no sería sino la manifestación «agresiva y eruptiva» del crítico provinciano falto de normas elevadas, etcétera...

«Huairapamushcas» es, en suma, para nuestra humilde opinión, un noble, logrado, y definitivo documento de la trágica y angustiosa condición de algunos grupos humanos de estos países librados a su propio destino, y confirma una vez más el renombre continental de Jorge Icaza como uno de los más altos novelistas del Ecuador y de nuestra América Latina.—DANIEL BELMAR.



LOS NUEVOS LIBROS POÉTICOS, por *Antonio de Undurraga*.

Miguel Arteche publicó en 1947, su obra «La invitación al Olvido». Ahora, en 1948, nos entrega «Oda Fúnebre», en un breve cuaderno de 20 páginas. Nosotros tuvimos voces de elogio para su primer libro y creemos, con certeza, que esta segunda entrega supera, con creces, a su primer intento. Sin embargo, estamos seguros que «Oda Fúnebre», no tendrá mayores comentarios, ni resonancia, por cuanto es costumbre entre nosotros silenciar a los escritores a los cuales se estima que «van andando demasiado rápido» por un camino de progreso y superación. Más